

SOPORTES DE LA MEMORIA SOBRE RUINAS Y VESTIGIOS A 50 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO EN CHILE

MEMORY SUPPORTS
ON RUINS AND VESTIGES 50 YEARS AFTER THE COUP
IN CHILE

CLAUDIA GUTIÉRREZ-OLIVARES¹

Dra. en Filosofía

Universidad de Chile, Chile

clgutierrez@uchile.cl

<http://orcid.org/0000-0002-4118-9669>

*Artículo recibido el 06 de junio de 2023;
aceptado el 10 de julio de 2023.*

Cómo citar este artículo:

Gutiérrez, G. (2023). Soportes de la memoria. Sobre ruinas y vestigios a 50 años del golpe de Estado en Chile. *Revista Palabra y Razón*, 23, pp. 68-83. <https://doi.org/10.29035/pyr.23.68>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

¹Este trabajo forma parte de los proyectos de investigación Fondecyt Regular N°s 1210033 y 1221175.

RESUMEN

El siguiente texto examina, por una parte, la estructura temporal de las ruinas, intentando diseñar en este examen su potencia memorial. Se postula que la estructura temporal de lo ruinoso rebasa con creces la dimensión de un pasado estanco, en el que reposaría la supuesta opacidad y mutismo de las ruinas. Más bien, se intenta pensar la ruina como un soporte temporal dinámico que moviliza un pasado, pero en cuya temporalidad habita la latencia de un porvenir. Por otra parte, se sugiere aquí una ruta para pensar algunos dispositivos ruinosos del pasado reciente en Chile. Esta articulación del motivo de las ruinas con un momento preciso de la historia chilena busca, por último, aportar a las reflexiones a propósito de los 50 años del golpe de Estado cívico-militar en nuestro país.

Palabras claves: ruina / memoria / temporalidad / Chile

ABSTRACT

The following text examines on the one hand, the temporal structure of the ruins, trying to design in this examination their memorial power. It is postulated that the temporal structure of the ruinous goes far beyond the dimension of a watertight past, in which the supposed opacity and mutism of the ruins would rest. Rather, we try to think of the ruin as a dynamic temporal support that mobilizes a past, but in whose temporality dwells the latency of a future. On the other hand, we suggest here a route to think some ruinous devices of the recent past in Chile. This articulation of the motif of ruins with a precise moment in Chilean history seeks, finally, to contribute to the reflections on the 50th anniversary of the civil-military *coup d'état* in our country.

Keywords: ruin / memory / temporality / Chile

I. Preámbulo

¿Qué es una ruina? ¿Se trata acaso del retorno de la cultura a la naturaleza, o más bien de la huella de un tiempo pasado, marcado por la destrucción en la que se puede reconocer la obra devastadora del humano? Una reflexión sobre las ruinas nos conduce a pensar en primer término en el tiempo pasado, y al situarnos en lo pretérito observamos que este tiempo de las ruinas moviliza un universo extremadamente rico en imágenes, signos y significaciones diversas. En efecto, las ruinas son el lugar en el que se entrecruzan múltiples miradas: históricas, arqueológicas, estéticas, poéticas y filosóficas. Ellas despiertan imaginarios, sueños y pesadillas, pero también provocan regímenes sentimentales del orden del dolor, la tristeza, la nostalgia y el lamento, tal como aquel inmenso dolor que experimentara el Conde de Volnay autor como sabemos de ese hermoso texto titulado *Les ruines ou méditations sur les révolutions des empires* (1869)². En efecto, en esta meditación frente a las ruinas el autor permanece inmóvil, petrificado “absorbido - escribe el Conde - por una profunda melancolía” (p. 20). Pero esta melancolía no es un sentimiento pasivo o neutral, como tampoco podría reducirse simplemente a la marca de una herencia propia del romanticismo. La melancolía puede ser un sentimiento evocador, inquieto, movilizador de otros mundos por venir y, en esta medida, puede abrir una inédita dimensión narrativa de las ruinas reducidas la mayor parte del tiempo a formas de un mutismo insuperable y, en este sentido, fundamentalmente silenciosas. Más bien, estima Volney, es necesario abrirse al horizonte de las ruinas bajo otra disposición; es preciso “saber consultarlas”, y, en esta medida, prestar oídos a lo que el Conde estima ser la “lección de las ruinas” (p. 8). ¿En qué consiste esta lección? Ella nos habla de justicia, de igualdad y de consolación. Sentado frente a las ruinas, Volney declama:

Vous épouvantez les tyrans: vous empoisonnez d’une terreur secrète leurs jouissances impies (...) Vous punissez l’oppresseur puissant; vous ravissez l’or au concussionnaire avare, et vous vengez le faible qu’il a dépouillé; vous compensez les privations du pauvre (...) vous consolez le malheureux, en lui offrant un dernier asile; enfin vous donnez à l’âme ce juste équilibre de force et de sensibilité qui constitue la sagesse, la science de la vie. (p. 8)³

² Versión castellana: *Las ruinas de Palmira (les ruines) o Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios*. Seguida de *La Ley natural* (1955) Sopena Argentina, traducción de Pedro Labrousse.

³ “ Vosotras espantáis a los tiranos y emponzoñáis con un secreto terror sus impíos placeres; huyen ellos de vuestro incorruptible aspecto, y los cobardes alejan de vosotras el orgullo de sus palacios. Vosotras castigáis al poderoso opresor; arrebataís el oro al avaricioso exactor y vengáis al débil a quien el mismo despojara; consoláis al desventurado, brindándole el asilo postrero; finalmente

Esta manera de abordar las ruinas constituye al mismo tiempo un modo de hacerlas salir de su dimensión silenciosa, como si las ruinas fuesen solamente una imagen opaca de lo real, como si se tratase de simples cosas sin mundo, de restos o de fragmentos desprovistos de sentido. Por el contrario, sería necesario pensar que el sentido de las ruinas solo existe en tensión con la mirada que lanzamos sobre ellas, si seguimos aquí, por ejemplo, a Alan Schnapp (2022). La mirada sobre las ruinas moviliza una cultura, una sociedad, un conjunto de valores y procesos de significación colectivos que envuelven el destino y sentido de estas. En esta perspectiva, podremos afirmar con Sophie Lacroix, autora del libro *Ce que nous dissent les ruines* (2007), que las ruinas son portadoras de una “sensibilidad en acto”. En efecto, para la autora las ruinas no se reducen solamente a la marca sensible de una época gloriosa pasada, convertida en el simple vestigio de una plenitud ausente, frente a las cuales las sociedades deberían hacerse cargo preservándolas y protegiéndolas. Tampoco se reducen a la imagen romántica de ese mismo pasado glorioso frente al cual, los hombres y las mujeres encontrarían la vía propicia para nutrir un sentimiento de pérdida y nostalgia. Más bien, ellas son la marca de un proceso que aún no ha llegado a su término. Una ruina será entonces un proceso temporal y no simplemente un vestigio material. De esta manera, podremos advertir de qué manera la ruina se encuentra a medio camino entre la lógica de la presencia y la ausencia, entre los intersticios de lo material y lo inmaterial, entre el tiempo pasado y el tiempo por venir.

En lo que sigue quisiera examinar el carácter temporal de las ruinas intentando subrayar en este ejercicio lo que se puede llamar ‘la potencia memorial de las ruinas’. Para mostrar esto, quisiera evocar de manera particular algunos dispositivos ruinosos que vienen del pasado reciente en Chile, de la época de la dictadura de Pinochet que tuvo lugar entre 1973 y 1990. Esta articulación del motivo de las ruinas con un momento preciso de la historia chilena responde al hecho que este año 2023 se conmemoran los 50 años del golpe de Estado cívico-militar de septiembre de 1973.

2. El tiempo de las ruinas

En su libro *El hombre y lo divino* (1955), la filósofa María Zambrano dedica un hermoso ensayo a las ruinas cuya estructura temporal, sugiere, no responde a la imagen de un tiempo concebido como sucesión lineal. Más bien, ellas serían la marca de una separación de una cierta distancia o brecha temporal en la medida que las ruinas traducen una rumiación poética de la historia.

concedéis al alma ese justo equilibrio de fuerza y sensibilidad que constituye la sabiduría, la ciencia de la vida”. *Las ruinas de Palmira (Les ruines) o Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios*. Seguida de *La Ley natural* (1955, p.7).

En esta perspectiva, el tiempo de las ruinas será el ritmo de un tiempo que se rehúsa a morir, en la justa medida que es un tiempo inventivo, creativo, capaz de cristalizar flujos contra históricos. La fluidez del tiempo, escribe Zambrano, contiene “las raíces de nuestra propia vida presente” (p. 229); esto es, un flujo temporal cuya energía, podríamos decir, le viene de los subterráneos del pasado, esas raíces en las que se encarna, al fin de cuentas, toda figuración del presente. Si el tiempo histórico no sigue la imagen de una simple linealidad, de una sucesión, habría que pensar entonces más bien en una circularidad en la que el pasado no sería simplemente la imagen de un tiempo muerto, sino la forma de su propia *passéité* para retomar aquí un término muy propio de la filosofía de Vladimir Jankélévitch (1974, p. 168). Este término insiste en el carácter procesual del pasado que es la manera de ser propia del pasado. En cuanto portadora de un pasado, la ruina será la marca de un tiempo que persiste, no a la manera de un momento estanco, sino más bien según un modo de transcurrir dinámico cuya degradación se alarga y se hunde circularmente en la cadena temporal. Pero si la circularidad del tiempo no es sencillamente la fórmula de la repetición de lo mismo, sino algo así como el secreto de las ruinas cuya alteridad temporal la atraviesa en profundidad, entonces la latencia temporal es parte relevante del sentido de las ruinas. En esta medida, la latencia de otro tiempo inscrita en el tejido íntimo de la ruina permite aventurar la idea de la novedad como horizonte oculto de la ruina, bajo la condición, si seguimos aquí a Jorge Luis Borges, de saber soñar. Esto es, bajo la condición de observar poéticamente la ruina y despertar así otros horizontes temporales que tensionan la estructura interna de las ruinas.

Pienso aquí en aquel magnífico relato *Las ruinas circulares* de Borges (2001) en cuya trama se inscribe parte del sentido de lo que estamos intentando desentrañar. Detengámonos un momento en el relato: “Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche” (p. 26), dice la primera línea de aquella formidable historia. En la “unánime noche” se inscribe el comienzo de una historia fantástica y no exenta de enigmas. Sucedió en una noche sin testigos, nos dice el escritor, en la que de una canoa de bambú desembarcó un hombre en medio de la montaña. Se trataba de un hombre solo, una especie de mago, que se arrastró herido hacia lo que habría sido un templo en ruinas ahora devorado por la selva palúdica. ¿Qué hace este hombre solo cuando se descubre en un paisaje en ruinas? ¿En qué piensa? ¿Acaso se pone a meditar o a reflexionar sobre su existencia? Por fortuna, el hombre del relato no se entrega a meditaciones filosóficas o metafísicas complejas. Su misión no era filosofar sino soñar. El hombre tenía por única tarea “dormir y soñar” (p. 26) escribe Borges. En las ruinas del templo que nadie veneraba, donde la palabra Dios no se pronunciaba, el mago tenía una misión onírica y un poco sobrenatural que consistía en querer soñar un hombre, un hombre

íntegro, minuciosamente soñado para luego imponerlo en la realidad. En otras palabras, en medio de las ruinas, de esa soledad aparentemente sin tiempo, se abre una brecha hacia un tiempo otro, un tiempo soñado, un tiempo poético que nace de las ruinas, y que sería la tierra natal de ese hombre virtuoso. Pero todo esto es posible, al parecer, porque el soñador, el hombre de la canoa, surgido de la anónima noche venía de una tierra incógnita, donde el griego no se hablaba, subraya con refinada ironía Borges. Más allá del griego que es la lengua de la filosofía, podríamos decir que todo es Babel, y que en esta tierra babélica se juegan los destinos del dispositivo ruinoso. El logos del hombre era otro, el lenguaje caótico de lo onírico. Un logos escribe Borges, que es “mucho más arduo que tejer una cuerda de arena” (p. 27). Curiosa lucidez o inteligencia esta, la del hombre soñador en medio de las ruinas, capaz de comprender la lengua de los sueños, más ardua que todos los enigmas de orden superior e inferior, sugiere el poeta. Entonces en la noche, el mago soñó a un hombre, lo creó a su semejanza, como si se tratase de un hijo. Su hijo soñado, en cuanto imagen onírica, tenía la consistencia ontológica de un fantasma o un espectro. Pero el soñado no sabía que era un espectro. Carente de materialidad, gozaba de la inquietante condición de ser incombustible, resistente a la destrucción. Un Babel indestructible. El nuevo hombre soñado, ningún fuego podría destruirlo, quedando más bien sumido o abierto a la posibilidad de una existencia circular, es decir sin conciencia de origen ni de fin. Pero su densidad ontológica reposaba en un esquema temporal complicado, pues como sabemos la circularidad es infinita y no eterna. Es decir, en lo circular cualquier punto podría ser el fin, como cualquier punto podría ser el comienzo. El hijo soñado no sabía de su origen, no podía recordarlo, no había nadie quien pudiera transmitírselo, pues esa noche no hubo testigos; más bien, el acto inaugural era el olvido, olvidar su naturaleza espectral y creer que era un hombre de carne y hueso. Este olvido le era impuesto como un nuevo comienzo, profundizando su existencia hacia horizontes respecto de los cuales no tenía ninguna intuición, como una noche unánime, sin contradicciones dialécticas.

Este nuevo comienzo, hecho de olvido, podríamos decir, conjura al mismo tiempo la plenitud del presente, su aparente transparencia, y escenifica un tiempo sin espectadores, a la manera de un tiempo inmemorial. Un tiempo sin representación, más allá de la luz de la razón, y que viene a eclipsar precisamente la supuesta transparencia de la razón. Pero según narra el cuento, y para complicar aún más el asunto, el mago que quería soñar un hombre, resultó ser él mismo el soñado, se soñaba soñando, sellando la circularidad de su existencia infinita, que consistía en comenzar una y otra vez en medio de las ruinas, sugiriendo una forma de existencia que no está volcada al progreso, sino más bien abierta a un juego de temporalidades díscolas, pero capaces de engendrar la alteridad temporal, en los infinitos

ciclos de hombres y mujeres soñando que se sueñan. De esta manera, el nuevo hombre íntegro, nace de quien lo sabe soñar, de quien desea soñarlo; no es una operación de insomnio, sino de soñador.

Este germen de la novedad, nacido de la circularidad de las ruinas, se ajusta de manera muy precisa con el sentido de las ruinas del que habla Zambrano, y bajo este respecto, la conexión poética entre las ruinas y el tiempo me parece extremadamente sugerente para el tema que nos ocupa. Volvamos a Zambrano. Lo propiamente histórico, propone la filósofa, no se reduce a una simple cartografía de acontecimientos pasados, sino más bien a la “supervivencia” (1953, p. 231) de algunos acontecimientos. Esta persistencia es precisamente otra manera de nombrar las ruinas. Lo que es realmente interesante aquí, es que la historia no se comprende en términos de progresión sino más bien a través de sus momentos de separación o de desvío, en el que las ruinas constituyen el modelo ideal. En otros términos, si el germen temporal de la historia reside en la idea de supervivencia, entonces esta temporalidad se ajusta a la dimensión de los restos, fragmentos, residuos o simplemente al universo de lo pequeño. Para Zambrano no se trata de interesarse en los grandes relatos tal y como se desarrollaron, sino de observar, escribe ella “lo que de ellos ha quedado: su ruina” (1953, p. 231). Este asunto es extremadamente relevante en la medida que las ruinas constituyen según la filósofa: “lo más viviente de la historia, pues solo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas” (1953, p. 231). Dicho de otro modo, la noción de supervivencia remite precisamente a una temporalidad viva, que continúa desplegándose, de una manera circular, tal como la describe Borges; como si la ruina fuese la marca de un pasado portador de un porvenir, en la medida en que el pasado constitutivo de las ruinas, es un pasado que no termina de pasar, un pasado que persiste siendo pasado, que su manera de ser es continuar en su obstinación de devenir cada vez más viejo y vetusto sin que ello implique su desaparecimiento.

Cabe preguntar entonces, ¿en qué sentido las ruinas, en tanto formas de una supervivencia, estarían preñadas de un porvenir? Para responder medianamente a esto, quizás sea útil observar la etimología de la palabra ruina. Se trata de una palabra tomada del latín *ruina* y que significa: “caída, derrumbe, desplome, hundimiento” (*Diccionario Etimológico Castellano*) de donde son derivados sentidos como ‘pérdida’, ‘destrazo’, ‘restos’ (*Diccionario de la lengua española*). Al mismo tiempo, ‘ruina’ viene del verbo *ruere* que significa ‘precipitarse’. Bajo este respecto, podemos advertir que una ruina no podría ser simplemente sinónimo de una temporalidad fija o el nombre de una pasibilidad absoluta. Por el contrario, al seguir su etimología, la ruina puede precipitar otros procesos, puede, curiosamente, acelerar

un tiempo. Ella constituye el punto de entrada de algún acontecimiento inadvertido a primera vista. En este sentido, la idea de aceleración o incluso de adelantamiento temporal está inscrito en el corazón mismo de la ruina, en la justa medida que ella siempre puede fragmentarse aún más delante de nuestros ojos, puede generar lo inesperado, puede derrumbarse y, en este sentido, puede empujar la puerta de la novedad. En otras palabras, la ruina parece ser el punto de inminencia de otra cosa que ella, como si ella desde su pasado inmóvil y mudo se las arreglara para irrumpir desde esas lejanías en el presente; y por esta razón se puede decir que el porvenir de las ruinas está aún en curso. Podremos hablar entonces de las ruinas a la manera de dispositivos de lo inacabado, cuyo proceso de inacabamiento será el signo sensible de un futuro por venir, en particular, si se piensa en el poder memorial de las ruinas, cuestión que abordaré más adelante.

El sentido de la ruina, en cuanto forma de una supervivencia, no es simplemente el nombre de un pasado, sino más bien el de una complicación temporal cuya estructura indefinida es la marca de un sentido por venir. Como señala Zambrano “supervivencia no ya de lo que fue, sino de lo que no alcanzó a ser” (1955, p. 232). Lo interesante en esta formulación es que precisamente lo que no alcanzó a ser, puede aun ser y cristalizarse como un sentido nacido de lo ruinoso, que surge precisamente desde su pasado suspendido. En la medida que “Padecemos aun el futuro que nunca fue presente” (1955, p. 232), las ruinas revelan con fuerza el carácter dinámico de su propia indefinición temporal, y al mismo tiempo pueden constituir la promesa de otro tiempo, de ese futuro que nunca fue, pero que puede resurgir ahora. Todo sucede como si las ruinas tuviesen el poder de eclipsar la historia a partir de ese dinamismo temporal que las habita, pero bajo la condición, si volvemos a Volney, de “saber consultarlas”, de componer sueños con ellas bajo esta otra condición de “saber soñar”, si volvemos a Borges.

3. Las ruinas de Pinochet

En 1990, bajo el gobierno de Patricio Aylwin, se creó la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación⁴. Como sabemos, la finalidad de esta comisión, dirigida por el jurista Raúl Rettig, consistió en colaborar con el esclarecimiento de la verdad de los miles de casos de violaciones de los derechos humanos en nuestro país, y que recoge 3550 denuncias de víctimas de la dictadura cívico militar entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990⁵. Según este informe, durante la dictadura existieron alrededor de

4 <http://bibliotecadigital.indh.cl/handle/123456789/170>

5 Las fuentes de documentación de la historia reciente chilena son numerosas. Para efectos de este trabajo hemos tenido a la vista solo algunos centros de documentación, acotados a las intenciones de

1156 centros de detención, tortura y represión en el conjunto del territorio nacional. De muchos de estos centros, hoy ya no quedan trazas materiales; algunos fueron destruidos o abandonados, otros fueron reconvertidos para otras funciones, o simplemente fueron reintegrados de manera vergonzosa al paisaje social chileno. Sabemos en la actualidad que antiguos centros de tortura fueron transformados “en jugueterías, en tiendas de artículos para bebés o en librerías, farmacias, hasta en jardines infantiles (Santos, 2019, p. 247). La superposición de lugares ha sido sin duda una de las más eficaces estrategias de borrado de la historia reciente de Chile. En este sentido, en los procesos de reconstrucción de la memoria, observamos un anudamiento estrecho entre lugares y no-lugares, y el sentido de esta articulación es una condición extremadamente relevante para la reconstrucción de la memoria política nacional. Por ello estos *Lugares espectrales* si retomamos aquí el título de la obra de Santos (2019), tiene a nuestro juicio la fuerza de una ruina, en la justa medida que esos lugares funcionan como dispositivos críticos y metodológicos en los que se debaten significaciones temporales pasadas y por venir. En este sentido, pensar los lugares espectrales como ruinas y vestigios permite abordar nuestro pasado reciente como un proceso que no termina de cerrarse y, en esta medida, nos permite sopesar convenientemente las investigaciones sobre la significación memorial del pasado.

En otras palabras, se trata de pensar que incluso allí donde ha habido destrucción para implantar lo nuevo, persiste siempre el no-lugar de lo pasado, que bajo la lógica de las ruinas aún no termina de suceder, pues hay algo que sobrevive en esos vestigios y restos de violencias que aún no han encontrado el camino de la reparación. Y por ello es necesario tener en cuenta que, bajo la historia oficial perviven otras historias, otras memorias, “memorias en espera” (Gutiérrez, 2023), que aluden a la lógica de los restos y las ruinas que movilizan, según decíamos, otros posibles porvenires. Los restos precipitan nuevos tiempos. Por ello los “Restos de restos” (Gutiérrez, 2023) es una manera de decir el tiempo, que en cuanto pasado siempre está doblado de sí mismo, como si las capas de sentido pretérito al intentar amarrar el pasado, en el mismo gesto desamarraran otros tiempos. Una expresión como “Ruinas de ruinas” puede ser muy conveniente para intentar graficar este proceso ruinoso; proceso temporal en cuya circularidad, según proponíamos, el pasado puede ser también el nombre de una promesa, de un tiempo inédito. Lo relevante aquí es tener en consideración que este juego de memorias es tremendamente rico en cuanto a sus soportes. La ruina es un soporte memorial en el que pueden cristalizar recuerdos materiales e

este mismo escrito. Se ha consultado principalmente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (<https://mmdh.cl>) ; Biblioteca Nacional (<http://www.memoriachilena.cl>); Instituto Nacional de Derechos Humanos, INDH (<https://bibliotecadigital.indh.cl>).

inmateriales. De esto nos habla, por ejemplo, el libro del escritor, poeta y antiguo prisionero político Jorge Montealegre, *Memorias eclipsadas* (2013). Montealegre trabaja con la distinción de las memorias según su contenido material o inmaterial, tangible o intangible. Mientras que en las memorias materiales se trata de indicar aquellas memorias vividas en primera persona, encarnadas en nuestra propia materialidad de vida, en nuestros propios cuerpos, las inmateriales responden más bien a los recuerdos y vidas de otros, pero que no obstante gravitan en nuestra propia vida. Memorias materiales o tangibles como si pudiéramos tocar los hilos que conforman nuestro propio pasado, y que funcionan como trazas muchas veces indelebles y, sin ninguna duda, constitutivas de nuestro presente. En este sentido, podríamos decir que ‘tocamos’ nuestros recuerdos, como cuando recordamos con intensidad algún recuerdo vívido de la infancia, como una escena de felicidad o una vivencia de horror. La materialidad de estos recuerdos recubre, ya sea con la ligereza de la felicidad o la pesadez del horror, la dinámica memorial. Por otra parte, la inmaterialidad de los recuerdos forma parte de una herencia social y colectiva que rebasa, sin oponérsele, la materialidad de los recuerdos personales. Las historias de otros, las vivencias de la infancia de un amigo, de los padres; las experiencias de vida de otros y otras constituyen un libro extremadamente rico en el que se puede leer nuestra propia vida, atravesada por esos circuitos memoriales que no nos pertenecen, pero con los cuales podemos vibrar de manera conjunta y componer la narrativa personal y colectiva (Halwbachs, 2011). Esta manera de transponer las memorias en circuitos de sentido diversos, según soportes de variada raigambre puede funcionar como un dispositivo metodológico relevante para nuestro análisis de las ruinas. En efecto, las ruinas como soporte de memoria no se reducen simplemente a su dimensión material sino más bien ellas se prolongan como de contrabando hacia el universo de lo inmaterial, tierra de unos sentidos que recubren la materialidad silenciosa de las mismas. En otros términos, una ruina es mucho más que el signo sensible y material de lo pretérito. Ella está siempre doblada de una inmaterialidad que sería algo así como la sombra de lo que fue, en la que habita la historia de vidas que ya no están, pero que pueden seguir en suspenso.

Lo que me parece relevante en este análisis es el hecho que el vínculo entre memorias materiales e inmateriales puede funcionar como un dispositivo crítico para pensar en otros circuitos de juegos memoriales, como es el caso, por ejemplo, de antiguos centros de reclusión hoy inexistentes o reconvertidos para otras funciones, o también como es el caso de vestigios materiales encontrados en los antiguos campos o centros de reclusión en el mundo entero y en particular en Chile. Se trata de fragmentos, de restos de vida, como son las cosas encontradas en los que fueron lugares de detención,

ropas, zapatos, útiles diversos, etc., que constituyen en estricto rigor restos de vidas interrumpidas, degradadas, como si esos restos fuesen los testigos silenciosos de un tiempo pretérito pero que, no obstante, y justamente en función de su dimensión inmaterial, pudiesen cristalizarse como formas de una supervivencia, si recordamos aquí una vez más a Zambrano. Esos restos o ruinas han sobrevivido a su destrucción, y en esta medida escribe la filósofa “un sentido superior a los hechos les hace cobrar significación” (1950, p. 231). Este sentido superior a los hechos, este sentido inmaterial y que sobrevive en las ruinas es lo que signa otro sentido de la historia en la medida que, lo que ha quedado en ruinas “vive históricamente” (1950, p. 231). Quizás a esto se refería Primo Levi cuando señalaba en su libro *Si esto es un hombre*, que los restos, las simples cosas de los campos, una cuchara, un papel son restos que “custodian nuestros recuerdos” (2012, p.48)⁶ y de esta manera sobreviven a la destrucción.

Entre los miles de lugares de detención y tortura en Chile, existió entre 1976 y 1977 el centro de reclusión clandestina Simón Bolívar, en la comuna de La reina, tutelado por la Dirección de Inteligencia Nacional, la DINA, cuyo director general fue, como sabemos, Manuel Contreras, alias el ‘Mamo’ Contreras. En el cuartel Simón Bolívar operó la brigada de represión Lautaro, creada en 1974. Contrariamente a otros centros, Simón Bolívar fue el lugar de detención más cruel de la historia de Chile. De hecho, fue el único centro dedicado exclusivamente a la exterminación y a la experimentación con seres humanos (Rebolledo, 2012). Ninguno de quienes pasaron por ese centro salió con vida. En el cuartel Simón Bolívar la misión de la brigada Lautaro consistía en exterminar a los dirigentes del Partido Comunista, que a su vez era una tarea que continuaba las operaciones conocidas bajo la causa llamada “calle conferencia” (Rebolledo, 2012). Esta causa remite al proceso judicial de los crímenes de la calle conferencia en 1976, que marca la primera fecha de detención de la dirección clandestina del Partido Comunista.

Sistemas de tortura extremadamente sofisticados fueron puestos a prueba en el cuartel Simón Bolívar, así como métodos de exterminación precisos como por ejemplo la utilización del gas Sarín y otras prácticas dirigidas por el temible ‘Doctor tormento’ (Rebolledo, 2012). Para Rebolledo, el conjunto de estas prácticas inéditas así como el relato escalofriante de Jorgelino Vergara Bravo, alias ‘el Mocito’, cifraron una mirada muy precisa del cuartel, que el autor de *La danza de los cuervos* no dudó en llamar

6 “[...] un pañuelo, una carta vieja, la foto de una persona querida. Estas cosas son parte de nosotros, casi como miembros de nuestro cuerpo; y es impensable que nos veamos privados de ellas, en nuestro mundo, sin que inmediatamente encontremos otras que las sustituyan, otros objetos que son nuestros porque custodian y suscitan nuestros recuerdos”. (*Si esto es un hombre*, p. 48).

‘mini Auschwitz’, según relata en una entrevista del 2012 en el medio de comunicación *Resumen*. No obstante, la historia del cuartel Simón Bolívar salió a luz recién en 2007, exactamente 30 años después de su creación, gracias al ‘Mocito’, empleado personal de Manuel Contreras. Rebolledo reconstruye finamente la historia del Mocito y su participación en el destino último de los detenidos desaparecidos. El Mocito disponía de una “memoria fotográfica” (Rebolledo, 2012, p. 30) notable y, gracias a sus confesiones, el pacto del silencio pudo finalmente romperse. ¿Pero qué sucedió con el cuartel Simón Bolívar entre 1978 y 2007?

El destino del cuartel tuvo muchas etapas antes de su demolición en 1990. Para decirlo rápidamente, el cuartel fue pieza clave en los negocios de la CNI y los diversos proyectos de inversión económica a nivel nacional e internacional. Se puede seguir aquí, por ejemplo, la pista de los vínculos con el paraíso fiscal de Panamá (Rebolledo, 2012). Como sabemos, las inversiones de la dictadura fueron prolongadas y reforzadas sin ningún problema durante la nueva democracia que ondeaba en los años 90, y que terminaron por transformar el tejido social de este país⁷. En todo caso, la edificación del cuartel Simón Bolívar ya no existe en la actualidad. Es una ruina, digamos invisible. Un importante proceso de borrado de la historia, eficaz e impune, fue puesto en práctica. No solo el cuartel ya no existe sino además la numeración de la calle fue cambiada. En su lugar, sobre las ruinas del centro de tortura se construyó un hermoso condominio. No obstante, hasta 2012 ninguno de los residentes del condominio sabía que bajo sus casas existió un cuartel llamado Simón Bolívar, y menos aún que sus casa fueron construidas exactamente sobre las ruinas de ese ‘mini Auschwitz’ chileno. Sin embargo, según narra Rebolledo, el lugar no era exactamente un paraíso, un lugar de vida calma, tranquilo y apacible como suele ser la imagen de ciertos barrios acomodados en Santiago. En efecto, varios de sus habitantes decidieron irse del lugar por la sencilla razón que allí sucedían, según relatan los testimonios, situaciones extrañas e inexplicables, clasificables en el ámbito de lo paranormal. Tanto es así que los habitantes del condominio de Simón Bolívar 8800 no se referían a su barrio privado en términos de condominio, sino más bien como un ‘condemonio’ en razón de las numerosas situaciones inexplicables, “las penaduras típicas” (Rebolledo, 2012, p. 45). Como dice uno de los testimonios: “Aquí pasan cosas muy raras. Nosotros a este lugar ya no le decimos ‘el condominio’, le decimos ‘el condemonio’” (Rebolledo, 2012, p. 44). No podría referirme *in extenso* a todas esas historias espectrales, ni será necesario probar por oscuros artilugios que lo que sucedió allí fue real. Sin embargo, estas historias son otra forma de hacer visible, algo que ya no

⁷ Ver en particular el anexo que cierra *La danza de los cuervos*: “El negocio de la CNI y empresarios tras los muertos de Simón Bolívar”.

es visible, de hacer cristalizar en algún relato el no-lugar de un lugar que ya no existe más. Por ello, las narrativas memoriales no solo son diversas, sino en particular, cada una recoge de lo vivido un hilo, real o imaginario, con el cual hilvanar vestigios contra-históricos que sobreviven a la historia oficial. En este sentido, los vestigios de Simón Bolívar son reveladores de la marcha procesual que los habita y, bajo este respecto, tiene sentido afirmar: “Los fantasmas, protestando contra los vivos, su memoria, su destino final y mudo” (Rebolledo, 2102, p. 54).

4. Ideas finales

La potencia histórica y memorial de las ruinas es sin duda un tema de análisis extremadamente rico y de múltiples aristas, cuyo carácter último reposa en una estructura del orden de la inestabilidad, retomando aquí una idea de Alan Schnapp (2020). Este carácter inestable, horizonte en el que se debate lo material e inmaterial en el que se juega, al fin de cuentas, la estabilización del sentido de lo ruinoso resulta consustancial al sentido mismo de la ruina. La inestabilidad de las ruinas se abre a la posibilidad de un destino múltiple, en el que se debaten las memorias y el reconocimiento de su lugar en la historia, pero también aquí se juegan los olvidos. En este sentido, habría que afirmar que ellas son los vestigios de una crisis cuya amplitud está lejos de ser zanjada, en la justa medida en que ellas se instalan por definición entre circuitos de sentido material e inmaterial, entre naturaleza y cultura, entre memoria y olvido. Y en este sentido, tal como lo hemos afirmado a lo largo de este escrito, ellas son el testimonio de un proceso temporal que engendra potencias evocadoras de otros circuitos, poéticos, sociales, espectrales y políticos. En cada uno de ellos y, en particular, en el caso de los vestigios políticos, lo que está en juego y disputa son los residuos nacidos de la barbarie; los restos que nacieron de la fuerza, de la violencia humana, de los circuitos devastadores que asolaron parte de América Latina en los años 70, si pensamos en Chile, Argentina y Uruguay. Lo que cuenta, como decía Volney, es saber “consultar las ruinas” con el fin de adentrarnos en la lección de estas, tomando en cuenta su estructura inestable en la medida en que la ruina está siempre atravesada por una complicación temporal. Esta complicación tiene que ver precisamente con la dimensión memorial y, en esta perspectiva, la aparente y simple materialidad aparece recubierta de un sentido intangible en el que reposan todos los vestigios de valor memorial. Pero, por otra parte, esta complicación de las ruinas como un elemento importante en la “lección de las ruinas”, está ligado a la posibilidad del olvido que es la otra cara de la memoria. Dicho de otro modo, la estructura inestable de las ruinas constituye un verdadero campo en disputa, en cuyo tránsito agonístico las significaciones históricas y políticas provocan una confrontación de sentidos permanente, que nos permite sopesar de mejor

manera lo que hemos querido llamar aquí el porvenir de las ruinas.

Todo esto nos da que pensar. La cuestión temporal de las ruinas y su potencia memorial suscitan una lectura política del tiempo. En efecto, todo sucede como si en la ruina el objeto arruinado, esa forma de resto se obstinara en permanecer en el tiempo, incluso desde su ausencia y borradura deliberada, como el caso del cuartel Simón Bolívar. Pero según hemos visto, la particularidad del objeto ruinoso es que persiste degradándose, ausentándose, y, de esta manera, es posible pensar las ruinas como un soporte de la memoria. Pues, esta degradación de lo material se convierte en huella de algo, de una ausencia contra la que se debaten las narrativas de la memoria. Por ello, toda huella, lleva en ella su propio tiempo y el tiempo de algo que ya no está. De cierta manera, la ruina es el testigo mudo de la historia que no termina de borrarse en la medida de que el tiempo cumple su irrevocable degradación, dejando huellas. Por otra parte, en la huella, aquello que ha dejado su vestigio, su traza, está ausente, y pese a ello su ausencia puede seguir actuando sobre el presente, liberando en ese gesto, en su gesto de vestigio, la energía de un pasado que se obstina en seguir siendo pasado, cada vez más vetusto, más viejo. En este sentido, mientras la ruina es siempre un resto de objeto, la huella, al contrario, es la marca de algo que ya no está más, de algo que ya pasó, pero es una marca que puede ser eterna, si seguimos aquí, por ejemplo, a Georges Navet (2000), para quien la huella es imperecedera (*impérissable*) ¿Se trata acaso de una huella inmortal? ¿En qué sentido la huella no perece, no muere? La clave de este asunto nos dice Navet, reside en la idea de separación (2000, p. 136) que habita el corazón mismo de toda meditación sobre la huella. Solo puede haber huella cuando se ha operado una separación, una distancia, un alejamiento “cuando quien imprime la huella, escribe Navet, en ese mismo movimiento se separa de ella” (2000, p. 135). En este sentido, podríamos decir que dejar huellas es de alguna manera imprimir otras formas de vida, aunque dispersas y huérfanas, continúan habitando el mundo al tiempo que permiten abrir brechas.

Un movimiento doble es el que aparece en esta lógica de la huella. Tratándose de la huella de lo humano, ella señala una ruptura, subraya Navet. Una ruptura entre aquello que los hombres y mujeres son, y aquello que se desprende de ellos. En otras palabras, en la huella se actualiza un complejo nudo temporal entre pasado y presente, en el que toda pulsión de síntesis o de reconciliación entre los momentos temporales aparece formalmente evacuada. Sin embargo, la huella puede ser dicha de muchas maneras, como si todo fuese susceptible de convertirse en un objeto que deja vestigios y marcas en su paso, bajo la condición evidentemente de reconocer ahí el carácter estructural de la ruptura. En síntesis, una huella

significa abrir una distancia que da que pensar, como si la huella fuese la indicación de un enigma temporal en el cual pasado y presente pudiesen liberar una nueva virtualidad del sentido y su significación, una nueva virtualidad del tiempo. En esta perspectiva, la construcción de la memoria puede traducirse en el esfuerzo de una conquista temporal; ella sería una manera de ampararse de esa distancia.

El lugar de las ruinas en el cuento de Borges invita a pensar la trama de la temporalidad y la manera cómo el dispositivo ruinoso no resiste la estructura sincrónica y lineal del tiempo, sino más bien la resquebraja. La circularidad apunta precisamente a esa matriz infinita que repele la clausura. Me arriesgaría a decir que la circularidad de las ruinas evita la procesión del tiempo hacia el progreso, abriendo francamente la textualidad poética hacia otros horizontes. El hombre soñado, es la forma de un hombre nuevo que no viene del futuro, ni de alguna forma dialéctica de progreso. Su materia y tierra natal se encuentra en las ruinas, en la catástrofe, en los restos de un tiempo que persiste bajo la selva montañosa, a la manera de un pasado vivo y que es la escena para todos los nuevos hijos soñados en esta trama circular. En este sentido, las ruinas también pueden decirnos algo sobre el espacio de la memoria que funciona según una dialéctica sin síntesis. Lo que nace de las ruinas es una brecha de tiempo que desajusta el presente, un tiempo imaginado, soñado, que atenta contra la estabilidad y las certezas de la plenitud. Y en este sentido, lo soñado no es la imagen de un ser onírico que nacería de la fascinación del progreso; al contrario, nace de la atracción de ese pasado, como si a través de su nacimiento se actualizara el salvajate de lo perdido, que es otra manera de salvar lo inconcluso, lo pequeño, lo excluido, las vidas degradadas, que toda ruina guarda en su mudo corazón. En otras palabras, lo nuevo no es una operación de futuro, sino de pasado. De la unánime noche de las ruinas puede surgir lo nuevo, lo insólito, lo multiforme. Vestigios de otro mundo, otro tiempo que se actualiza en el presente de quien lo encuentra o quizás también de quien sabe buscar. Podríamos decir, vestigios de un futuro por venir.

Bibliografía

Borges, J.L. (2001) Las ruinas circulares. En J. L. Borges (Autor), *Ficciones*. El Mundo.

DECEL. (s.f). Ruina, en: *Diccionario Etimológico Castellano*. Recuperado en 15 de mayo 2023, en <https://etimologias.dechile.net/?ruina>

Gutiérrez, C. (Enero 2023) Memorias en espera. *Le monde diplomatique*

(edición chilena), recuperado el 10 de julio de 2023. <https://www.lemonediplomatique.cl/2023/01/memorias-en-espera.html#partage>

Halwbachs, M. (2011). *La memoria colectiva*. Miño y Dávila.

Jankélévitch, V. (1974) *L'irréversible et la nostalgie*. Flammarion.

Lacroix, S. (2007) *Ce que nous dissent les ruines. La fonction critique des ruines*. L'Harmattan.

Levi, P. (2012) *Trilogía de Auschwitz*. Editorial Océano.

Navet, G. (2000) *Le philosophe comme fiction*. L'Harmattan.

Montealegre, J. (2013). *Memorias eclipsadas. Duelo y resiliencia comunitaria en la prisión política*. Asterión.

Real Academia Española (s.f). Ruina, en: *Diccionario de la lengua española*. Recuperado en 15 de mayo 2023, en <https://dle.rae.es/ruina?m=form>

Rebolledo, J. (2012) *La danza de los cuervos. El "mocito" y el destino de los detenidos desaparecidos*. Planeta.

Resumen (2012) Cuartel Simón Bolívar: El Auschwitz de Pinochet. *Resumen*. Recuperado en 15 de mayo 2023. <https://resumen.cl/articulos/cuartel-simon-bolivar-el-auschwitz-de-pinochet>

Santos, J. (2019) *Lugares espectrales. Topología testimonial de la prisión política en Chile*. IDEA, Universidad de Santiago de Chile.

Schnapp, A. (2022) *Une histoire universelle des ruines: Des origines aux Lumières*. Seuil.

Volney, C-F. (1955) *Las ruinas de Palmira (les ruines) o Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios. Seguida de La Ley natural* (trad. P. Labrousse). Sopena Argentina.

Volney, C-F (1869) *Les ruines ou méditations sur les revolutions des empires; suivies de la Loi naturelle*. En <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k56845063/f42.item.r=volney%20les%20ruines%20ou%20méditation.zoom#>

Zambrano, M. (1955) *El hombre y lo divino*. FONDECULTURA Económica.